

años en un pueblecito inglés. Y le dijimos que Emilia Brontë sacó esa su tormentosa criatura de donde todo creador las saca, de sí misma. O más bien que fué Heathcliff el que hizo a Emilia Brontë.

Pero es la misma Emilia Brontë la que nos lo dice en el último hermosísimo poema que escribió. «¡Oh Dios de mi pecho; todo poderosa, siempre presente Divinidad! ¡La vida—que en mí tiene descanso—como yo—vida inmortal—tenemos poder en Ti!... Con amor que mucho abarca tu espíritu anima los eternos años, penetra e incuba arriba, cambia, sostiene, disuelve, crea y cría. Aunque la tierra y el hombre se fueran y los soles y los universos dejaran de ser y te quedaras Tú solo, cada existencia existiría en Ti». La que escribió esto era una creadora, una poeta—mejor que poetisa—y sabía que así como cada existencia, cada verdadera existencia, cada acción que es pasión, vive en el Creador, así cada criatura de pasión y de amor como Heathcliff vive en quien la creó. Y como Heathcliff vive y vivirá, vive y vivirá Emilia Brontë. Y muy de otro modo que como se lo figuran los idiotas.

El deán Inge—deán de la catedral anglicana de San Pablo, de Londres—de quien os hemos ya más de una vez hablado, dice de esas palabras de Emilia Brontë moribunda que parecen contener «una verdadera filosofía» y añade: «Esta concepción de la relación de Dios al mundo es también la de la Iglesia Católica y ha sido defendida por una larga serie de filósofos cristianos que no me parecen inferiores en agudeza y penetración a los más celebrados pensadores modernos desde Spinoza hasta nuestros días». Pero no estamos muy seguros de que esa concepción de la Brontë «sea la general en la Iglesia Católica, ni mucho menos. Más se parece a la del propio deán Inge. Porque los idiotas de la Iglesia—y en ésta como en cualquier otra congregación los idiotas son los más—los que no tienen más que sentido común, como carecen de sentido propio y de pasión propia, no pueden concebir, ni menos sentir, esa especie de inmortalidad. Esa la siente un Heathcliff. Es decir, una Brontë». Para los idiotas, para los del puro y recto sentido común, no hay más que una inmortalidad común, una comunidad inmortal. Como no tienen más que individualidad corpórea, al deshacerseles el cuerpo se les deshace la individualidad. Y nada pierden.

Vamos a consultar con Bolívar, que ¡claro! sigue viviendo, nuestro propósito de hacer que la España Máxima canonice a don Quijote. Y no vayan a creer los semi-idiotas—que son peores que los idiotas puros—que se trata aquí de nada de espiritismo, no! Para

ponernos al habla con Bolívar no necesitamos de espiritismos. Vamos a hablar con él en español claro y recio y no en ninguna clase de esperanto y vamos a hablar con él a solas, alma a alma, sin comunidad ambiente que estorbe. Y estamos seguros de que aprobará nuestro proyecto, con la condición ¡claro está! de que luego se le canonice también a él y le hagamos

San Simón Bolívar. Y os aseguramos que ambos, San Quijote de la Mancha y San Simón Bolívar tendrán más realidad histórica que pueda tenerla aquel don San Diego Matamoros de que hablaba don Quijote.

(Se admite adhesiones).

MIGUEL DE UNAMUNO

(La Nación, Buenos Aires).

El rico clarividente

En la nueva fe social hay dos corrientes: una culta, que abraza el problema humano, como tal, y le imprime un verdadero sentimiento de religiosidad. Inculca otra, que, bajo una enorme presión social, toma una forma mística con un sentido comunista.

UN generoso millonario, D. Juan March, ha hecho donación en Palma de Mallorca de un inmueble, tasado en ochenta mil duros, ¿a un convento de monjas? No; hay en España suficientes conventos de monjas. ¿Al señor obispo, para edificar una iglesia? Tampoco. Desde hace mucho tiempo cada pueblo tiene su iglesia. ¿Al gobernador o a un Patronato, a fin de fundar un asilo? Menos. En Palma de Mallorca hay ya espaciosos y ventilados asilos. No le déis vuelta al magín. D. Juan March ha donado, espontánea e incondicionalmente, ochenta mil duros a los obreros de la localidad para edificar, como se ha edificado, una Casa del Pueblo.

Entre los contados grandes capitalistas que me dispensan el señalado honor de pasar la vista por mis «Ideogramas», habrá, seguramente, alguno que, escandalizado, frunza el ceño.— ¡Qué enormidad!—, dirá, echándose hacia atrás en su cómodo asiento.— ¡Ese D. Juan March es un loco! Pero, ¿no sabe que las llamadas Casas del Pueblo son en todas partes Centros socialistas, es decir, antros en donde se reúnen los enemigos del capital? ¿Es que quiere tirar piedras a su tejado? ¿Es que quiere ayudar a los que le combaten sin tregua y no se contenta con menos que con hacer la vida imposible a los hombres afortunados que han tenido la suerte de hacerse en la vida un bienestar? Por fuerza el buen señor ha perdido el juicio al dar ese ejemplo de imprevisión y de prodigalidad a sus compatriotas.

Pues no, señor, D. Juan March no está loco; antes bien, es persona inteligente y cultísima. Y la Casa del Pueblo que ha donado a los trabajadores de Palma no es un simple barracón, sino un edificio suntuoso, en que hay salón de lectura y biblioteca, café restaurante, teatro magnífico, coope-

rativa, escuelas y, lo que da más carácter al edificio: un enorme salón de juntas y 37 grandes secretarías, para que puedan celebrar sus sesiones las Juntas directivas de los diferentes oficios.

Pero el ilustre millonario ha visto algo que no suelen ver, por incapacidad o por terquedad y testarudez, sus colegas. No hay más que un medio de combatir el bolchevismo y la anarquía: poner de parte de la causa del orden a los que con sus manos se ganan el pan. Acúdase a la represión, a la persecución o al exterminio allí donde los desesperados son muchos más que los satisfechos, y el orden pelagra y el trastorno social sobreviene. El valladar más poderoso contra los vagos, los salteadores y los enemigos de la propiedad, son los pequeños propietarios, y la defensa más poderosa contra los que no quieren trabajar, sino expoliar a sus conciudadanos, a nadie puede ser encomendada con más acierto que a los trabajadores, convirtiéndolos, de rebañeros de esclavos, en corporaciones de hombres libres, educados, disciplinados y sabedores de sus derechos y de sus deberes. Quien regala un monte a un Concejo hace más por la tranquilidad de los ricos que quien deporta a cien anarquistas.

¡Oh, si en Rusia hubiera habido, al derrumbarse el Imperio y estallar la revolución, una Casa del Pueblo en todas las aldeas! El comunismo hubiera fracasado. Todo el mundo hubiera defendido el orden social, que le permitía trabajar y ser recompensado, velar por sus derechos sin ser perseguido y formarse un pequeño patrimonio que le permitiera asegurar la tranquilidad y el sustento de la vejez. Pero no había más que explotadores y explotados. La intransigencia de los fuertes había impedido que se formara la invencible legión de los cultivadores del campo y de los artífices del taller, y los talleres fueron deshechos, y los campos fueron arrasados, y los capitalistas fueron perseguidos, y han sido precisos muchos años para que, reconstituido el verdadero concepto del Estado y de la cooperación social, se comience a crear una Rusia nueva, en